

VERÓNICA
SERRADA
BREAKIN BARRIO

teatro**auto**expres

teatro**auto**expres

VERÓNICA SERRADA
BREAKIN BARRIO

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

BREAKIN BARRIO

Primera edición, 2020

© De *Breakin barrio*: Verónica Serrada Rico

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2020

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.

Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Marisa Barreno.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-1247-2020

*A mi barrio.
A las mujeres extraordinarias que sustentan nuestras vidas.
A mi madre.
A mi AMOR, también extraordinario.
Para Wenceslao, con adoración.*

Agradecimientos

A Baltasar Villalobos, Alfonso Acebes, *Loopy*; Charo Gutiérrez (Asociación Vecinal La Unión de Pajarillos), José Antonio García Alfonso, *Petu* (La Huerta Sin Puerta del barrio La Victoria); José Andrés Herranz (Asociación Vecinal Unión Esgueva del barrio España), Javier Carballo (barrio de Rondilla), Jonathan Tajés, Alberto Bertoni (CEIP Cristóbal Colón), Ayuntamiento de Valladolid, LAVA (Laboratorio de las Artes de Valladolid), y muy especialmente a Roberto Rodríguez, siempre un excelente tutor para cuestiones gramático-existenciales.

Breakin barrio

Se estrenó en el Laboratorio de las Artes de Valladolid el 29 de enero de 2019

Reparto

En escena:

DIANA	Diana Villalobos
LITTOS	Carlos Ballón
VIRMAN	Víctor Ramos

En el vídeo-documento:

VERÓNICA	Verónica Serrada
LOOPY	Alfonso Acebes

DIRECCIÓN Y DRAMATURGIA

Nina Reglero

Ficha técnica

COREOGRAFÍA	Littos (Carlos Ballón) y Diana Villalobos
RAP	Virman (Víctor Ramos)
ESPACIO ESCÉNICO Y VISUALES	Carlos Nuevo Ferrero
ILUMINACIÓN Y SONIDO	Juan Ignacio Arteagabeitia
PRODUCCIÓN	Jacinto Gómez

Presentación

En abril de 2018 recibí un encargo de Nina Reglero, directora de la compañía de teatro Rayuela. Estaba buscando una dramaturgia para una nueva propuesta que recogiese la historia de los *breakers* que bailaban en los años 1980 en el barrio Pajarillos de Valladolid, conectándola con los jóvenes que en la actualidad recogen el testigo de la cultura hiphop.

Desde el primer momento, la proposición me pareció algo casi kármico. Me crie en ese barrio, que arrastra el estigma de la marginalidad, y ahora se me brindaba la oportunidad de realizar un proyecto artístico con sus calles como telón de fondo. De una manera casi automática resbaló en mi teclado “Embarriada”, el monólogo que inicia la obra. Así, uno a uno, fueron brotando los textos fruto de un trabajo de investigación con diferentes personas y agentes sociales locales que generosamente compartieron sus vivencias conmigo.

Como autora experimenté una gran satisfacción al concluir la escritura de *Breakin barrio*, mi declaración de amor a los barrios, a la gente que los llena de vida y de historias en ocasiones nada fáciles, pero que siempre caminan hacia adelante. Héroes de barrio. Los príncipes de Dinamarca quedan lejos. Como público, necesitamos historias que destilen veracidad y cercanía.

Es un honor que la Fundación SGAE haya distinguido una dramaturgia que se desarrolla en Pajarillos, un lugar tan alejado de los centros de creación habituales. Señoras y señores, he de confesarles que amo las sesenta y siete aves que dan nombre a las calles que caminé en mi infancia. ¡Ojalá disfruten con esta obra tanto como yo lo he hecho escribiéndola!

En ocasiones, inspiración y vida se dan la mano y caminan parejas. Espero que haya surgido un buen matrimonio artístico para la ocasión. Gracias por leerme.

Breakin barrio

EMBARRIADA
ESCENARIO
KILLING THE BEAT
ERRADOS
CARA DE PLATA
RENACIMIENTO
MUJER EXTRAORDINARIA
HÉROES DE BARRIO
JESUCRISTOS CONTEMPORÁNEOS
PÁJAROS POETAS
VUELO EN EXTINCIÓN
QUIERO BAILAR
LA CALLE QUE PERDÍ
AMOR DE BARRIO

EMBARRIADA

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla*)

El barrio.

Un barrio es como una frontera entre el norte y el sur.

Un territorio de nadie.

Las oportunidades parecen no traspasar el túnel.

El dichoso túnel.

Objeto de mis terrores de adolescente minifaldera regresando a la guarida, cualquier sábado de *calimocheo* tardío.

Barrio no era una peli de Fernando León, no.

¡Barrio! Era lo que escuchaba en ese aire de superioridad de los chicos del otro lado.

Chica de barrio. Barrio de los yonquis y los vecinos gritones.

Paisaje de cacerolada y anárquicos tendaderos.

Barrio era mi amiga Sandra diciéndole a los chavales que vivía cerca de la Plaza Circular para que no le pusieran la *pegata* de “chica de Pajarillos”.

Barrio era la cara de la gente al escuchar dónde vivías, ese poema de compasión y rechazo.

Barrio era el Instituto Galileo y los tiros en sus muros verdes, vestigio de reyertas en la vecina *ciudad de los yonquis*.

Barrio eran las viviendas del 29 de octubre, esas casitas para pobres, y su aire de pueblecito desordenado.

Y el túnel, el dichoso túnel.

Ahí se terminaba todo y empezábamos nosotros.

Los hijos de los *faseros*, sí, de la FASA Renault. La generación del BUP y la FP, de Vacaciones Santillana en lugar de *Vacaciones en el mar*. Los adictos a la máquina del Tetris y los sobres sorpresa.

Crecimos sabiendo que esa línea nos separaba del resto del mundo, y cada vez que cruzábamos el túnel con nuestra osadía transgresora y nuestras Yumas de dos mil pesetas, era como derribar un poquito nuestro muro de Berlín, nuestra propia frontera de bloqueos y desolaciones. Agarrábamos la piedra “rompe techos de cristal” y la lanzábamos con descaro sobre vosotros, los del otro lado.

Aparecen Carlos y Diana.

Y había un ruido, un ritmo latente, que hablaba de nuestros cuerpos indómitos, de acrobacias a flor de piel, de casetes sonando en horas extrañas moviendo el sentir de todos estos cachorros proletarios que no querían más líneas divisorias.

Solo bailar, bailar al son de sus ideas. En *to* la boca del charlatán *mostachillo* del centro.

Porque barrio eran también los *breakers*, esos extraterrestres que parecían salidos de una peli de Loach. Nacidos de la simbiosis entre las pinceladas de Basquiat y el sello de los creadores de *Oliver* y *Benji*... Cinéticos puros, insultantemente bellos, que se convirtieron en mi paisaje preferido de día de diario, en esa sensación de “¡Ya es primavera!” –y no en El Corte Inglés, precisamente–. Mi admiración de canijilla diferente soltando un ¡guau! a cada paso suyo.

Porque algo se estaba gestando entre las calles con poéticos nombres de pájaros, un ejército de vencejos, cientos de plumas de faisán elevando sus trazos al cielo, alondras que anunciaban el alba y cisnes que sacudían con brío el barro de sus cuellos.

ESCENARIO

DIANA.— Existe un concepto de escenario como algo ostentoso, de cierta altura.

El caso es que un escenario no es más que un lugar donde uno se coloca para ser mirado.

Coreografía.

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla*) El Pintas y el Richard llegaron un día al local y la soltaron. Habían estado hablando con unos chavales del barrio de al lado. Se hacían llamar —en un ejercicio de pomposidad anglosajona— los Street Kings. Se reunían los sábados frente a Galerías Preciados, en la entrada de una sucursal bancaria. El atrio tenía un suelo increíble: mármol negro. Perfecto para deslizarse. Se juntaban y organizaban —uno el case-te, otro las cintas, zumos para hidratarse— y empezaban a bailar. Apenas habían terminado de calentar, un corrillo de miradas curiosas ya los rodeaba y alentaba el movimiento.

Este era un verdadero escenario. Uno a uno, salían y daban lo mejor de sí mismos.

Entre ellos había una chica. Era maravillosa. Se llamaba Ana María y después de la muerte de su madre se había convertido en una bailarina inconsolable. Transformó todo su dolor a base de *power moves*.

El lugar se convirtió en un clásico en la ciudad y en un hito para la pandilla. Por primera vez, los chicos y yo salimos del barrio. Atravesamos la frontera y llegamos al centro. La calle era nuestra.

Fin de la coreografía.

KILLING THE BEAT

LITROS.— La danza urbana surge de la improvisación. Cada uno es su propio jefe. Esto la diferencia esencialmente de la danza clásica, donde el bailarín debe modelar, dominar cada músculo, cada hueso, para que encaje dentro de una estructura previa. Aquí no hay armazones que valgan.

Cada uno es su propio jefe, decía. Cada uno crea desde sí mismo, y esto no es fácil de digerir a veces, acostumbrados como estamos a que nos dirijan e indiquen el lugar y el tono en el que debemos ser y estar. El clásico básico miedo a la libertad.

Las danzas urbanas *premián* la personalidad de cada uno, como el perfecto *coach* de la autodeterminación individual.

Cada bailarín con su fórmula secreta para dejar boquiabiertos a los espectadores de este espectáculo que se escribe a cada instante, en cada movimiento, con cada *coreo*. Eso sí, siempre, siempre en perfecta ligazón con el otro, el cómplice de baile.

Mi madre se convirtió en una mecenas improvisada el día que asumió que bailar era mi respiración. Recuerdo que nos compró a mi amigo Juan y a mí un hule de dos por dos, así podíamos practicar en los parques.

Escogíamos una zona para niños, de esas que tienen como un acolchado, y allí funcionaba muy bien porque mantenía el deslizamiento sobre un terreno firme pero suave. A veces también colocábamos cartones debajo del sintasol. Esto, al apoyar la cabeza contra el suelo, era un *lujazo*.

Bailar supuso una forma de comunicarme y aumentar mi autoestima. Da mucha fuerza ver que eres capaz de hacer cosas excepcionales a nivel expresivo. Esto me ayudó a encontrar un soporte

vital, a no tener miedo a la gente. Yo sé lo que cuesta aprender algo que no es fácil. Considero que el esfuerzo que requiere el baile roza la meditación.

Cuando se empezó a bailar break se usaron temas funk, acid jazz, electro y break beat.

En general, el break se baila a una velocidad alta por el tema de la explosividad y la energía. Durante una época se bailó también con rap, y yo lo prefiero. Bailar con una música más lenta, porque consigo entrar más en la energía de la música, y de verdad representarla, no solo desarrollar una catarsis motriz. Yo, con el rap, llego más fácil a esto. Trabajo la esencia. No es una cuestión de hacer solamente un *truco*, una acrobacia, sino de descubrir la grandeza de bailar y, con ello, representar genuinamente la música. De eso se trata.

“*Killing the beat*”, decimos los que bailamos.

Killing the beat es seguir cada matiz de la música, preverla, entrar en ella hasta tal punto que sabes lo que va a venir después, y como lo sabes, acoplas tus movimientos a lo que llega de manera perfecta. Es magia. Puro encaje.

Cambiar la cualidad de tu movimiento en función de la música. Sublimar.

ERRADOS

VERÓNICA.— Silvia apareció en el local con una peli. Su mirada era como de mística tras una revelación. No había podido pegar ojo, y sin embargo llevaba la frescura del descubrimiento en la mirada. Confesó que la noche anterior la había visto cinco veces seguidas. No podía parar. “Los *protas* eran como nosotros”, decía; “bueno... con otra ropa y otros decorados, pero con la misma actitud”. Traía la cinta entre las manos como una reliquia contemporánea y fue pasando por todos. Y todos, sin excepción, repetimos ese ritual: veíamos la peli y aparecíamos al día siguiente con la misma intensidad..., sintiendo que algo se fraguaba entre nosotros: una alianza de esas que solo pueden surgir en el fragor de los 18, cuando todo es compromiso, veracidad, nuevas tierras.

El local era como el de una peña de pueblo, pero en la ciudad. El padre de uno de la panda tenía varios que alquilaba como almacén, y nos prestó uno para hacer de las nuestras. Lo empapelamos con nuestros mejores *Superpops*, alguien trajo un par de sofás de la abuela y no sé qué potentado mecenas dejó un *boombox*, uno de esos mamotretos de doble pletina en el que sonaba sin parar la banda sonora de nuestros días. Y allí nos las daban todas. Era nuestra auténtica guarida de lobitos creadores.

A Silvia se le ocurrió que viésemos juntos una vez más la *peli*, todos en amor y compañía, y sucedió que al acabar la proyección nos quedamos quietos, como suspendidos en un río de anémonas. De repente, el Muelas se levantó y se puso a bailar, así, sin más. Y todos, sin mediar palabra, uno a uno, le seguimos como discípulos enfervorecidos. Y estuvimos un buen rato en medio de un éxtasis rompedor. Todos sudábamos y nos mirábamos como si fuésemos alguien diferente. En momentos así yo sentía que la VIDA mere-

cía la pena y que daba igual que Sonia estuviese puteada currando a turnos en la fábrica, o que el Richard no pudiese dormir por los gritos que reinaban en su casa, o que nuestro futuro fuese un retablo ennegrecido. Daba igual porque se creaba una maravillosa corriente de LUZ que se llevaba toda esa porquería. Ese sol que brillaba lunes, miércoles y viernes para nuestras calles era verdadero. Y era nuestro, ¡qué coño!

Se llamaba *Breakin*. Eso era lo que estábamos haciendo.

CARA DE PLATA

LOOPY.— (*Imagen proyectada en pantalla*) *Cara de plata* no era una obra de Valle-Inclán. Cara de plata era el rostro de mi amigo Maxi maquillado para hacer de robot; era el mejor en esa disciplina. Increíble calidad de movimiento. Nos contrataron en un comercio de ropa de la calle Mantería. Estuvimos moviéndonos en el escaparate dos horas al día durante tres meses. La gente flipaba. Maxi parecía un muñeco eléctrico.

Pero eso ocurrió después. Antes, mucho antes de eso, recuerdo la primera vez que vi bailar break, sería el año 1982. Discoteca Pentágono. Paraban la sesión y hacían una muestra unos chavalines. Pero el golpe fuerte fue la llegada de *Breakin*. Me sentí cautivado por la *pele*. A raíz de aquello, estuve diez años bailando ocho horas diarias.

Me junté con mi amigo el Chino y compramos a medias un hule con un refuerzo que amortiguaba un poco el impacto de nuestras espaldas contra el suelo.

Él curraba en el túnel de lavado Parrado y pilló cera de la de pulir los coches. Encerábamos el plástico de tal manera que girabas y girabas. Los demás alucinaban. Además, con bolsas de ir a la compra, de esas que vendían en El Paraíso del Plástico, nos fabricamos un parche para la espalda y unos guanteletes que nos aportaban velocidad extra. Llegué a quemarme la cabeza por el roce y me salió una calva y todo.

Al principio nos juntábamos en algún gimnasio de barrio, en el del colegio Cristóbal Colón de Pajarillos o en la propia acera de la antigua Carretera de Circunvalación. Sin embargo, había un lugar, justo enfrente de Galerías Preciados, donde el suelo era muy especial, mármol pulido, perfecto. Era la entrada de una sucursal

bancaria. Allí se juntaban los Break Boys, que eran del barrio de Delicias, y los Street Kings de Rondilla. Y nuestro propio grupo, los Roller Force.

Nos reuníamos para ver la *pelí*, estudiar movimientos y luego... ¡a bailar!

En esa época comenzó a tener mucho tirón el break y se organizaban concursos en las discotecas. Había un pique sano entre todos por ser los mejores. Pronto, Valladolid y los vídeos en VHS se nos quedaron pequeños, así que se nos ocurrió apuntarnos a unas excursiones que organizaban para ir a ver partidos de fútbol a Madrid. Costaban mil pesetas frente a las dos mil que suponía un billete normal. Viajábamos con los aficionados, y una vez en Madrid poníamos rumbo a Azca, una zona de bancos, con buenos suelos, edificios altos... En cierta manera, un paisaje muy estadounidense, paraíso del breaker. Allí se daban cita bailarines de todos los barrios de la capital.

Y el hito llegó en 1987, cuando recibimos un telegrama del programa de televisión *Tocata*. Nos habían seleccionado para participar en A Todo Break, un concurso entre jóvenes de toda España. Aquello fue muy fuerte para nosotros.

Lo gracioso era que no teníamos un *look* muy de grupo y cada uno iba con sus pintillas, por lo que se nos ocurrió buscar patrocinadores que costearan nuestro atuendo. En la concejalía de Juventud un tipo nos dio un contacto y nos espetó: “Id a la tienda Deportes Olimpiada y decid que vais de mi parte”. Así, en plan peliculero. El caso es que salimos del comercio con cuatro chándales de Nike por valor de ochenta y ocho mil pesetas que nunca los hubiésemos soñado. Una imagen impecable para nuestra aventura televisiva. Recuerdo que competimos contra un grupo de Bilbao llamado Fresh Master. Nos ganaron. Pero lo importante fue lo que supuso aquello para nosotros. Y, curiosidades de la vida, años después, en la discoteca Sangar de Venta de Baños, los vencimos. Justicia breaker.

RENACIMIENTO

Coreografía de Diana.

DIANA.— Dicen que bailo con las manos. Mientras hablo se escapan los gestos, las ondulaciones, como si fuese una coreografía ensayada, pero sale con frescura, lo llevo de serie.

Mi padre. Él jugaba con nosotros a imitar robots, (*representa los movimientos mientras habla*) pero lo definitivo para mí fue la música. Todo el día sonaba música en casa: funk, soul, rhythm and blues... Y luego llegó la escuela de danzas urbanas.

Ese cartel... Seguid los carteles. Son luminosos. Señales que nos llevan al lugar donde debemos brillar.

Y eso sucedió, que me convertí en espectadora de mis sueños. Fue una suerte de renacer vital. De repente, veía a esos chicos bailar mi música. Encarnar los ritmos con los que yo había crecido. Los observé sin mover un músculo de mi conmovido esqueleto. A la salida, me acerqué al director y le dije: “Soy una de los vuestros”. La semana siguiente empezó todo para mí. Ese bailar, bailar, bailar infinito en el que me encuentro casi desde que aprendí a caminar. Ese palpito. Pura vida.

Siento que he nacido en el lugar equivocado.

No soy Billie Elliot, soy Diana... Y también quiero bailar.

Al principio no entendía por qué este interés, naciente en mí y en la pandilla, por esa cultura. No era el inglés, es que hablaba como en morse para nosotros; recibíamos la información a golpecitos rítmicos. Estábamos en pu-ri-ti-to *shock*.

Break, dance hall, vogue, popping, locking...

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla. Se funde con el texto-baile vogue de Diana*) Necesitábamos un diccionario para traducir

toda esa jerga del otro lado del mundo y nos quedábamos tan anchos. ¡Pobre Delibes, coño! ¡Qué típico era eso, crear una identidad a base de retales de identidades ajenas! Típico del barrio Pajarillos, típico de Valladolid, típico de Castilla y León, típico del país entero.

DIANA.— ¿Me considero una B Girl? Soy femenina, sí, y no hago acrobacias increíbles. Sin embargo, me gusta *rockear*, me encanta probar a hacer nuevas *freezes* (poses).

El *breaking* te da la oportunidad de ser tú misma, no trates de ser algo que no eres. No tienes que mover el culo o aparentar ser un chico si no es lo que quieres hacer. Y si es eso con lo que te sientes realizada, adelante.

Rockafella, una de las B Girls pioneras en el Nueva York de los 90, cuenta cómo observaba que a las chicas que salían a un corro de *breaking* las echaban y ya no volvían a entrar. Ella optó por enfrentarse, vacilar a los B Boys que intentaban humillarla. De esta forma, empezó a crear su estilo personal. También aprendió a no entrar en el juego sexual de los chicos que eran guapos y populares. Esto marcó un ejemplo para otras chicas, que veían posible ganarse un respeto por sí mismas y ser independientes. Su meta no era el dinero o la fama, sino más bien ser la mujer y la bailarina que quisiese. Actualmente continúa enseñando tanto a chicos como a chicas. Especialmente pretende que ellas se centren en entrenar por encima de otras cosas y no abandonen el baile si adquieren compromisos familiares. Para ella, todos los desafíos que encuentras en el *breaking* te preparan para los retos de la vida.

Rockafella, además de mujer, es latina. Doble bofetada en la cara de un reino en el que, como en todos los reinos, también se nos discrimina.

En 2010, hace solo ocho años, Nikki y Martha, dos bailarinas suecas de ascendencia africana, ganan la Just Debut y se convierten así en las primeras féminas ganadoras de un campeonato internacional de hiphop.

En 2018, varias bailarinas de Barcelona crean el colectivo Who Run the Cypher, cuyo objetivo es establecer una red entre las mujeres pertenecientes a la comunidad española de danzas urbanas.

En enero de 2019 hemos celebrado nuestro primer encuentro. El futuro del hiphop ha llegado. Las mujeres protagonizan un cambio esencial en la cultura urbana, también aquí, sí.

MUJER EXTRAORDINARIA

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla*) Faltaba un mes para que me disfrazasen de princesita en la comunión de mi hermana pequeña. A mí, todo aquel sarao me resultaba un tanto ajeno. Prefería que me hubiesen comprado un chándal molón de Adidas y unas Converse, y no invertir nada en aquel circo.

El caso es que faltaba un mes para aquello y mamá... Esa mañana de abril, mamá se levantó extraña, muy extraña. Papá volvió del taller, se la llevó al hospital y de allí ya no salió. Fulminante, el bicho la había comido. Completita. Y todos nos quedamos con cara de tontos y nos vino a la cabeza mamá en las últimas fiestas del barrio con su banda color violeta y un ramo de claveles rojos sonriendo ante la vecindad: Mamá ganadora del concurso “Mujer extraordinaria del barrio 1985”.

Mamá subiendo al escenario después de mandar a freír espárragos al soplagaítas de turno del ayuntamiento, que pretendía que mi madre leyese un texto preescrito para agradecer el premio.

Mamá hablando de las amas de casa, de su implicación, de su lucha, de las mujeres que sostenían nuestras vidas. Mamá en estado de gracia.

Mamá aplaudida.

Mamá victoriosa.

Mamá reina del barrio y de la ciudad.

Mamá absoluta.

Al día siguiente, después de aquel memorial improvisado en la asociación vecinal, tras el entierro, donde mezclamos Fanta de naranja, tortilla de patata y desolación a partes iguales, me entraron unas ganas de bailar terribles. Cogí el casete del local y el hule

que mi madre nos había regalado –tan *kitsch* como perfecto para nuestras piruetas– y me escapé al templete del parque Pato. Empecé a bailar y estuve así al menos dos horas sin poder parar, con las lágrimas deslizándose por mis mejillas y las articulaciones en el cielo de los breakers; sin sentir ningún dolor, ninguno... Y, de repente, me quedé paralizada y apareció Ana María, y entonces me di cuenta, tras esa tarde de primavera doliente, de que ya teníamos algo más que compartir.

Mi madre fue una auténtica heroína de barrio.

HÉROES DE BARRIO

LITTOS.— Los héroes. ¿Quiénes son tus héroes? Bowie cantaba (*entona el estribillo de la canción "Heroes"*). Para mí, el concepto *héroe* nada tiene que ver con columnas de mármol y pedestales. Joder, el tiempo de los griegos estuvo muy bien, pero ya pasó.

DIANA.— Yo veo en la vecina del abuelo una cariátide contemporánea. Ahí la tienes, sosteniendo el Olimpo familiar a pleno pulmón, con el socio *clareteando* en el bar y ella sin soltar el peso un solo segundo. Esa es mi heroína.

LITTOS.— Y el tipo ese de la asociación vecinal, no recuerdo su nombre, pero es increíble ver cómo se mete en todos los *fregaos*. Una vez, incluso se disfrazó de payaso porque falló la animación que habían contratado para las fiestas del barrio. Ese sí es un titán. Un coloso sin llamas.

JESUCRISTOS CONTEMPORÁNEOS

VÍCTOR.— Barrio de Pajarillos. Valladolid. Año 1985. Mil doscientos niños y niñas entre el colegio Santiago López y el Cristóbal Colón. Compartían patio. No mixtos. No laicos, sí gratuitos.

Ahora son 250. Árabes, rumanos, búlgaros, etnia gitana. Sobrevive el Cristóbal Colón. Mixto, crisol de religiones, sí gratuito. Aquí sí se aprende a respetar al otro. Va intrínseco en la convivencia diaria.

La libertad de matrícula en los centros escolares ha provocado que los centros de barrio se vacíen. Algunos *blanquitos* no quieren mezclarse, no.

No es fácil luchar contra los obstáculos para educar a estos chicos. Muchas veces los muros provienen de su propio entorno. La familia coarta su futuro. No les permiten ver realidades diferentes. Había mucha oscuridad aquí. Un centro sin presencia, sin luz.

Primer paso: Revitalizarlo.

Grafiteros, padres y los propios alumnos. Paredes tuneadas. Pájaros, peces, tortugas marinas revoleando en los pasillos.

Coreografía.

Segundo paso: Ampliar el impacto educativo del colegio.

Cambiar el alma. Educación emocional a través del arte: la Orquesta Sinfónica de Castilla y León dirige el coro. *In Crescendo*, creciendo cada día. Los chavales grabarán cortos hablando de su barrio que se proyectarán en la Seminci: Cinema Pajarillos. También juegan en Los Panteras, equipo de fútbol que cambia buenos resultados educativos por deporte.

Si no se esfuerzan, no juegan.

Tercer paso: Cambio en la metodología.

Trabajan en grupos heterogéneos. Se ayudan entre ellos. Los profesores tienen que asumir un compromiso verdadero. Intentan crear un conflicto a los chavales, luchar contra un contexto que no les permite abrir ventanas a otros mundos. Crearles conflicto, decía. Una brecha entre lo que les dicta su entorno y que piensen: ¡Vaya, esta sociedad quizá merezca la pena! Voy a asomarme a ver qué hay para mí en ella.

Cuarto paso: Implicar a la comunidad.

Bajo el paraguas de Red Pajarillos, las entidades educativas y la asociación vecinal del barrio trabajan juntas. Todas a una, como en Fuenteovejuna. Se trata de que todos los agentes sociales participen.

Quinto: Crear otro ambiente.

Organizamos *A vista de Pajarillos*, una expo que muestra ilustraciones de los pájaros que dan nombre a nuestras calles: 67 aves sobrevolando vuestras cabezas.

En los terrenos del antiguo cuartel de San Quintín queremos construir un observatorio de aves. Llevará el nombre de nuestro paisano Miguel Delibes. ¡Somos unos románticos! ¡Cambiamos armas por el vuelo de los pájaros!

Dibujaremos un mapa de la felicidad del barrio. ¿En qué lugares ha sido más feliz la gente? Esos puntos serán rebautizados como “zonas felices”. Crearemos allí arte efímero. Todo el vecindario será protagonista.

DIANA.— Un alumno musulmán sufre una brutal paliza a manos de su progenitor. ¿A quién pide ayuda? Pues a un compañero gitano. Se presenta en su casa con la cara ensangrentada y es la familia de su vecino de pupitre quien lo lleva al hospital. Allí le curan las heridas, las físicas; las del alma empiezan a cauterizar cuando al cabo de un par de días vuelve a cantar flamenco al lado de su mejor amigo.

LITTO.— Las palabras árabes que pronuncian los gitanos y las palmas que da el búlgaro. Un chico de Costa de Marfil canta flamen-

co como el mejor gitano. Aquí se produce la transmisión total. Los prejuicios están fuera. Ellos los dinamitan con su mirada nueva sobre el otro.

DIANA.— Sembrando confluencia entre estas culturas. Moviendo la energía de musulmanes, gitanos y rumanos vinculada al barrio que los ha acogido.

Es preciso sumergirse en los lugares para propiciar un cambio verdadero. Esta piedra nuestra que colocamos con empeño es una apuesta al futuro. Cada día acarreamos la desesperanza y la arrojamos al vertedero. De nada nos sirve. Creemos en esto. Estamos muy pero que muy locos. Otro barrio es posible. Otro mundo es posible.

Coreografía.

PÁJAROS POETAS

LITROS.— Me rechiflan. Aprendices del mejor Rimbaud, pero a golpe de ritmo. Raperos en pleno duelo verbal.

Inteligencia rápida. Versos van, rimas vienen.

Una vez escuché a uno de ellos explicar que era capaz de contar las sílabas antes de verbalizar una frase. Sutileza fina para hablar de lo nuestro, de nuestras heridas, de nuestros fuegos, de lo que nos mueve, de lo que nos paraliza, del trono y la caída, de la lucidez y la sorpresa, de lo que amamos y de lo que odiamos amándolo, de los *enquistes* vitales, políticos, emocionales. De todo eso que conforma nuestra respiración como individuos.

DIANA.— Dos egos, dos tempos, dos estrellas titilando en un universo de sensibilidades pensantes que acompañan, acogen, ríen, lloran, hacen suyos esos versos creados en un momento preciso, precioso, en el que dos almas se encrespan al fuego del otro, se enredan en el resonar del otro, en el verbo nacido de la premura del otro, la violencia y el amor del otro.

Hacer el amor con las letras y el coraje. Eso es una pelea de gallos raperos.

Muchos hablan, pocos riman, solo los mejores improvisan, decía aquel MC.

Muchos bailan, pocos brillan. Solo los mejores vuelan, digo yo.

VUELO EN EXTINCIÓN

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla*) Un día, camino de casa con Ana María, nos dimos cuenta de algo. Los nombres de nuestras calles. Barrio Pajarillos. Muchos de esos pájaros estaban en extinción. Nosotras mismas también desapareceríamos.

Entonces, inventamos un juego. Uno a uno catalogamos a todos los de la panda con el nombre de un ave.

Así, vimos en la propia Ana María un macho de ánade real, caminar corto y pico suelto, y su cazadora de plumas verde helecho como seña de identidad.

En Sandra, un inquieto estornino agitando sus alas en plena dormidera existencial. El Pintas, cuando bailaba, se asemejaba a un vencejo, con sus brazos alados en silueta de media luna. El Richard, un obvio y blanco cisne de paseíllo por la ribera de nuestro río Esgueva. El Muelas era un águila en pleno *freeze*; entre un movimiento y otro se congelaba, pero permanecía con el ritmo latente, latía la música aun en su silueta aquietada para, en cualquier momento, retomar el vuelo. Pedro: Pedro era la gaviota, de puro melancólico. Silvia dibujaba una pequeña y poderosa golondrina reina de las *crewsbattle*.

Y luego estaban Andrés y Alberto, pájaros poetas que, cuando hacían su batalla verbal hipnótica, maceraban: Andrés, cual veredón en rulada “rururururúrereé” con tono, ritmo regular, nitidez del sonido, longitud de giro y vocalización perfectos; Alberto *Picapinos* contraatacaba con un relincho repetido a intervalos de tiempo irregulares y que llamaba nuestra atención.

Resultaba muy hermoso todo aquel catálogo ornitológico improvisado. ¡Puro magnetismo alado!

Sin embargo, Ana María tenía el día *tormenta*. Le dio por decir

que nosotros también nos disgregaríamos, que en realidad éramos eso, cada uno un ave de bandada diferente, y que muy pronto emprenderíamos el vuelo y nos separaríamos. Abriríamos el cielo con nuestras alas y nunca más volveríamos a vernos.

Y yo con lágrimas en los ojos le dije que no, que eso no era cierto, y la besé, pero no me atreví a explicarle que el próximo curso me iría a Berlín con una beca. Me sentía una traidora, pero mis alas de Aguanieves batían con fuerza cualquier duda. Debía marcharme. Debía decirles adiós. Y no había baile que pudiera con eso.

QUIERO BAILAR

VERÓNICA (*imagen proyectada en pantalla*).— ¡Qué periplo!

Después de marcharme con una beca Erasmus a Berlín, casarme con un noruego en Berlín, divorciarme de un noruego en el mismo Berlín, vivir en París, Ámsterdam, Montevideo..., volví a casa. Regresé a casa para despedirme del abuelo.

El abuelo no había cambiado su paisaje. Seguía viendo crecer al mismo tilo a través de la misma ventana. Lo que sí había cambiado era su mirada. Expresaba mucho temple; la voz, otro tanto. Se había convertido en un aries reposado. Y como siempre, fue a la esencia: “El del Harries sigue al pie del cañón pero ya no vende tabaco de contrabando... Se murió la titana del sexto..., la mató el aguante. Se murió de tanto soportar al canillas ese con el que vivía. ¡Menudo elemento!... En la zapatería de la Esme, ahora hay una academia”.

Entonces el yayo, con toda la emoción que cabía en sus 84 abriles, me contó que unas chicas habían abierto una escuela de danzas urbanas, “de esas que os gustaban a vosotros”.

El abuelo me recordaba en mallas, unas a rayas verdes y negras, siempre dando brincos por el pasillo de casa, lo cual era una proeza por mi parte, porque vivíamos en setenta metros cuadrados. El abuelo había sido testigo de todo el proceso, de ese palpito mío de “¡Quiero bailar!”.

Coreografía.

LA CALLE QUE PERDÍ

VERÓNICA (*imagen proyectada en pantalla*), DIANA, LITTOS Y VÍCTOR.—

Transito por un camino inverso. Voy.

Camino, *recamino* con mis pasos de 40 la senda diaria al colegio. Cierro los ojos. Respiro. Veo el bar Houston, puro poder setentero reconvertido en Doner Kebab. El antiguo túnel de lavado Parrado que hacía nuestras delicias. Chavalinas que no sabíamos nada de sexo, pero que veíamos a los curritos como modelos de un calendario Pirelli ideado para sensibilidades *sexicolegiales* de chicas en babi. La verja, esa que recuerdo haber intentado saltar desde mi valentía a media voz, acojonada pero disimulando mi tembleque de piernas y mi sensación de “no voy a poder hacerlo”. Y poder hacerlo. Al menos una vez, que recuerde. Y la puerta metálica gris, esa puerta que separaba nuestros juegos de la hora de la verdad, cuando me sentaba en el pupitre y temblaba porque el cálculo mental acechaba, mi corazón acelerado esperando la voz de la maestra, esa implacabilidad que exigía la respuesta inmediata, esa respuesta que nunca tenía lista, sudando entre mis manos nerviosas que buscaban ocultarse bajo el pupitre. Pero ahora estoy aquí en el *hall* y ya no está la garita del bedel, Baltasar.

DIANA.— Mi abuelo Baltasar.

VERÓNICA.— ... y la puerta ya no es color arena, está tuneada.

Y veo un grafiti enorme de cielos, nubes y un árbol inventado cuya sombra imaginaria me acoge.

Y levanto la mirada hacia el firmamento, al verdadero, y veo tormenta. Pero en el colegio ya no. En el colegio luce un cielo mayestático.

Y no sé por qué me viene a la cabeza la imagen del aula donde daba clase Antonio Machado. Allí podía leerse en la pizarra la palabra AMOR. La habían borrado, por supuesto, pero permanecía su silueta. Cuatro letras. Mayúsculas. Pues eso.

Un vecino del abuelo me preguntó con ese tonito enjuiciador que sugería fracaso: “¿Y qué fue del baile?”. Nunca sentí que el baile tuviera que llevarme a ningún sitio. El baile, igual que el pincel de un pintor o la pluma de un escritor, es un fin en sí mismo. Es suficiente el gesto, el ejercicio del arte para sentirnos vivos.

El baile llegó y tal como vino se marchó. Eso sí, dejó una hermosa estela en mi vida.

Esto es lo que he vivido.

En realidad, nunca me ha interesado ser alguien.

Y ese es mi verdadero triunfo.

AMOR DE BARRIO

VERÓNICA.— (*Imagen proyectada en pantalla*) Pasaron, pasaron muchas tormentas, aguaceros teñidos de un olvido político estratégicamente diseñado.

Un castigo de los dioses del centro volcando su ira sobre los habitantes de un reino díscolo y desmelenado.

Y un día dejó de importarme.

Dejé de comparar nuestro polideportivo *low cost* con el *de luxe* del barrio Parquesol.

Se marcharon los caminantes blancos y las casitas para pobres se pusieron guapas.

El barrio parecía no reconocerse a sí mismo.

Eso sí, el túnel no nos lo quita ni Dios.

FIN



VERÓNICA SERRADA

© Jonathan Tajés

Escritora nacida en Valladolid.

Titulada en Interpretación por la Escuela de Arte Dramático de Valladolid (2002). Recibe la Beca de Arte Dramático de la Diputación Provincial de Valladolid 2005 para estudiar en Bont's International Clownschooll (Ibiza).

Ese mismo año, su obra de teatro *Diálogo de dos amigas ante la ausencia* es distinguida con el Premio Letras Jóvenes.

Participa como guionista en el cómic *Castilla y León de Leyenda* (2006), coordinado por Jesús Redondo y Antoni Guiral. En 2007 repite género publicando *Los amantes de Mantua*.

Se gradúa en Trabajo Social por la Universidad de Valladolid (2009), siguiendo el último curso en la Università di Roma LUMSA. Durante su estancia en Italia publica la sección “Cuaderno de Viaje” en la revista *Lados Magazine*.

Estudia Técnicas de Creación Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid (2007/2008).

Sus relatos “Y no perdí el apetito” y “Sogni d’oro” fueron publicados en dos ediciones de *Relatos breves de mujer* (Ayuntamiento de Valladolid, 2008/2010).

Su obra *Decálogo para la supervivencia* (2012) fue seleccionada para el Programa Artistas en el Laboratorio de las Artes de Valladolid (LAVA) y estrenada en el propio LAVA.

Ha escrito artículos de opinión para *El Norte de Castilla* y colaborado con el periódico digital *Último Cero* en su sección “De raigambre castellana”.

Su último texto teatral, *Breakin barrio*, lo ha llevado a escena la compañía de teatro Rayuela y se estrenó el pasado 29 de enero de 2019 en LAVA.

Actualmente trabaja en una nueva obra sobre la figura de Juana de Arco.

www.veronicaserrada.com

<https://ultimocero.com/autor/veronicaserradarico/>

veronicaserrada (Instagram)

Verónica Serrada (Facebook)

EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO

BREAKIN BARRIO

Pajarillos es un barrio de Valladolid que arrastra el estigma de la marginalidad. A través de los recuerdos de una mujer que vivió su infancia y adolescencia allí, descubriremos cómo un suburbio puede ser motor de creatividad y de identidad. En paralelo a esta historia, tres jóvenes recogen el testigo de la cultura hiphop y muestran la situación actual de un vecindario en plena transformación hacia una convivencia multicultural.

La amistad, el nacimiento del primer amor, la muerte, la superación personal, el concepto de éxito, los anhelos de la adolescencia, el universo del *break dance*, el empoderamiento de las B-Girls, son algunos de los temas que nos arrebatan en esta dramaturgia construida a partir de la realidad de sus protagonistas.

Breakin barrio es una declaración de amor hacia la vida y la incesante búsqueda de los sueños; un poema urbano a ritmo de *break*.